LIBRO dot.com

LA CARTELERA CELESTE Y VOX POPULIS
CUENTOS

VILLIERS DE L´ISLE ADAM



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La cartelera celeste

Villiers de L'Isle Adam

Al señor Henry Ghys

Eritis sicut dii.

-Antiguo Testamento

Cosa extraña y capaz de despertar la sonrisa de un financiero: ¡se trata del Cielo! Pero entendámonos: del cielo considerado desde el punto de vista industrial y serio.

Ciertos acontecimientos históricos, hoy en día científicamente confirmados y explicados (o algo parecido), por ejemplo: el Labarum de Constantino, las cruces reflejadas en las nubes por unas llanuras nevadas, los fenómenos de refracción del monte Brocken y ciertos espejismos en las regiones boreales, intrigaron notablemente y, por así decirlo, picaron la curiosidad de un sabio ingeniero meridional, el señor Grave, que concibió, hace ya algunos años, el luminoso proyecto de utilizar las anchas extensiones de la noche, y elevar, en una palabra, el cielo a la altura de la época.

En efecto, ¿para qué esas azuladas bóvedas que no sirven sino para desbocar las imaginaciones enfermizas de los últimos visionarios? ¿No se obtendría un legítimo derecho al reconocimiento público, y digámoslo (¿por qué no?), a la admiración de la posteridad, al convertir esos estériles espacios en espectáculos real y fructíferamente instructivos, al utilizar las inmensas llanuras y obtener, al fin, un buen rendimiento a esas Solognes indefinidas y transparentes?

No se trata aquí de sentimentalismos. Los negocios son los negocios. Es preciso pedir la colaboración, y también, si fuese necesario, la energía de gente seria sobre el valor y los resultados pecuniarios del inesperado descubrimiento del que hablamos.

En un principio, el fondo mismo del asunto parece prácticamente imposible y lindando casi con la locura. Roturar el azul, acotar el astro, explotar los dos crepúsculos, organizar la noche, disfrutar del cielo hasta ahora improductivo, ¡qué sueño!, ¡qué espinosa aplicación, erizada de dificultades! Pero, movido por el espíritu del progreso, ¿de qué problema no hallará el hombre la solución?

Imbuido en esta idea y convencido de que si Franklin, Benjamín Franklin, el impresor, había arrancado el rayo del cielo, debía ser posible, *a fortiori*, emplear este último con fines humanitarios; el señor Grave estudió, viajó, comparó, gastó, forjó, y, a la larga, tras haber perfeccionado las enormes lentes y los gigantescos reflectores de los ingenieros americanos, sobre todo los aparatos de Filadelfia y de Québec (que cayeron, por falta de un talento tenaz, en el dominio del Cant y del Puff), el señor Grave, decimos, se propone (provisto de las patentes necesarias) ofrecer, a nuestras grandes

industrias de manufacturas e incluso a los pequeños comerciantes, la ayuda de una publicidad absoluta.

Cualquier competencia sería imposible ante el sistema del gran divulgador. Podemos imaginarnos alguno de nuestros grandes centros comerciales, con sus agitadas poblaciones, como Lyon, Burdeos, etc., en el crepúsculo. Desde aquí vemos ese movimiento, esa vida, esa extraordinaria animación que sólo los intereses financieros son capaces de dar, hoy en día, a ciudades serias. De repente, unos potentes haces de magnesio o de luz eléctrica, cien mil veces aumentados, surgen de la cima de alguna florecida colina, encanto de las jóvenes parejas -de una colina semejante, por ejemplo, a nuestro querido Montmartre-; esos rayos de luz, mantenidos por inmensos reflectores multicolores, envían bruscamente al cielo, entre Sirio y Aldebarán, al Ojo del Toro o bien justo en medio de las Híadas, la graciosa imagen de ese joven adolescente que sostiene un echarpe en el que leemos todos los días, con un renovador placer, estas bellas palabras: ¡Se restituye el oro de cualquier objeto que haya dejado de gustar! ¿Puede uno imaginarse las diferentes expresiones que tendrían, entonces, todos los rostros de la multitud, esas iluminaciones, esos bravos, esa alegría? Tras el primer movimiento de sorpresa, muy perdonable, los antiguos enemigos se abrazan, los más amargos resentimientos domésticos son olvidados: se sientan bajo el emparrado para mejor degustar ese espectáculo a la vez magnífico e instructivo, y el nombre del señor Grave, llevado por las alas de los vientos, vuela hacia la inmortalidad.

Basta reflexionar un poco para comprender los resultados de tan ingeniosa invención. ¿No debería extrañarse la Osa Mayor si entre sus patas, repentinamente, surgiera este inquietante anuncio: ¿Son necesarios los corsés?, ¿sí o no? O mejor aún: ¿no sería un espectáculo capaz de alarmar las conciencias melindrosas y de llamar la atención de los clérigos el ver aparecer, en el mismo disco de nuestro satélite, en la cara alegre de la Luna, ese maravilloso anuncio que todos nosotros hemos admirado en los bulevares y que tiene como lema: ¿Para el Hirsuto? ¡Qué genialidad si en uno de los segmentos trazados entre la v del Taller del Escultor, se leyera: Venus, reducción Kaulla! ¡Qué emoción si, en relación con esos licores de postre cuyo uso se recomienda por más de una razón, se percibiera, hacia el sur de Regulus, la capital del León, en la punta misma de la Espiga de la Virgen, un Ángel, sosteniendo un frasco en la mano, mientras que de su boca saliera un papel en el que se leyeran estas palabras: ¡Dios, qué bueno!...

Se entiende que aquí se trata de una empresa de anuncios sin precedentes, de responsabilidad ilimitada, con material infinito: hasta el Gobierno podría garantizarla, por primera vez en su vida.

Sería ocioso insistir en los servicios verdaderamente eminentes que tal descubrimiento está llamado a rendir a la Sociedad y al Progreso. ¿Se imaginan, por ejemplo, la fotografía sobre vidrio y el procedimiento Lampascope aplicados de esta manera -es decir, aumentados cien mil veces-, bien para la captura de los banqueros en fuga, bien para la de los malhechores famosos? En lo sucesivo, el

culpable, fácil de seguir, como dice la canción, no podría asomarse a la ventana de su vagón sin ver en las nubes su denunciadora imagen.

¡Y en política!, ¡en materia de elecciones, por ejemplo! ¡Qué preponderancia! ¡Qué supremacía! ¡Qué increíble simplificación en los medios de propaganda, siempre tan onerosos! ¡Ya no habría más papeles azules, amarillos, tricolores, que llenan los muros y nos repiten sin cesar el mismo nombre, con la obsesión de un mareo! ¡Ninguna más de esas fotografías tan caras (y a menudo imperfectas) y que no consiguen su objetivo, es decir, que no excitan en absoluto la simpatía de los electores, ya por el encanto de los rasgos de la cara del candidato, ya por el aire de majestuosidad del conjunto! Porque, al fin y al cabo, el valor de un hombre es peligroso, perjudicial y más que secundario, en política; lo esencial es que tenga un aire «digno» a ojos de sus electores.

Supongamos que en las últimas elecciones, por ejemplo, los retratos de los señores B... y A... hubieran aparecido todas las noches, en tamaño natural, justo bajo la estrella p de la Lira. ¡Estarán de acuerdo en que ése era su lugar!, puesto que esos hombres de Estado cabalgaron antaño a lomos de Pegaso, si damos crédito a la Fama. Los dos habrían sido expuestos allí, durante la noche que precedió al escrutinio; ambos ligeramente sonrientes, la frente velada por una conveniente inquietud, y sin embargo de aspecto tranquilo. El procedimiento del Lampascope podría, incluso, con la ayuda de una ruedecita, modificar al instante la expresión de las dos fisonomías. Se hubiese podido hacerles sonreír al Futuro, llorar por nuestros desengaños, abrir la boca, arrugar la frente, hinchar de cólera las aletas de la nariz, tomar un aire digno, en fin, todo cuanto concierne a la tribuna y da tanto valor al pensamiento de un verdadero orador. Cada votante habría hecho su elección, habría podido darse cuenta de antemano, habría podido hacerse una idea de su diputado, y no se le habría dado, como vulgarmente se dice, gato por liebre. Incluso se puede añadir que, sin el descubrimiento del señor Grave, el sufragio universal es una especie de burla.

En consecuencia, esperemos que uno de estos amaneceres, o mejor, una de estas noches, el señor Grave, con el apoyo y la ayuda de un Gobierno iluminado, comience sus importantes experimentos. Hasta entonces los incrédulos podrán reírse. Como cuando Lesseps hablaba de unir los Océanos (lo que ha hecho, a pesar de los incrédulos). La Ciencia tendrá, ahora, la última palabra y el señor excesivamente Grave dejará de reír. Gracias a él, el Cielo acabará sirviendo para algo y adquiriendo, al fin, un valor intrínseco.

****

Vox populi

¡Gran revista la de aquel día en los Campos Elíseos! ¡Doce años sufridos desde esta visión! Un sol de estío arrojaba sus largas flechas de oro sobre los tejados y cúpulas de la vieja capital. Miradas de vidrio cruzaban sus reflejos. El pueblo, bañado en polvillo luminoso, inundaba las calles para ver al ejército.

Sentado ante la verja de Notre-Dame, en una alta silla de madera plegable, las rodillas cruzadas entre negros harapos, el centenario Mendigo, decano de la miseria de París, -rostro de duelo con tintes cenicientos, piel surcada por arrugas color tierra-, con las manos juntas bajo el escrito que consagraba legalmente su ceguera, ofrecía el aspecto de una sombra en el *Te Deum* de la fiesta circundante.

¿No era su prójimo toda aquella gente? Los alegres viandantes, ¿no eran sus hermanos? Con toda seguridad, eran Especie Humana. Por otra parte, este huésped del soberano portal no estaba desposeído de todo bien: el Estado le había reconocido el derecho a ser ciego.

Propietario de este título, y de la respetabilidad inherente a ese lugar de limosnas seguras que oficialmente ocupaba, poseyendo además la cualidad de elector, era nuestro igual, excepto la Luz.

Y este hombre articulaba de tiempo en tiempo una lamentación monótona, silabeo evidente del profundo suspiro de toda su vida:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

En torno suyo, bajo las potentes vibraciones del campanario, fuera, allá lejos más allá del muro de sus ojos; el ruido de los cascos de caballería, los toques de clarines, las aclamaciones de la muchedumbre, mezcladas a las salvas de los Inválidos, a los fieros gritos de mando; los estruendos de acero, el fragor de los tambores midiendo el paso de los desfiles interminables de infantería, ¡todo un rumor de gloria le llegaba! Su oído sobreagudo percibía hasta el flotar de los estandartes de pesadas franjas rozando las corazas. En el entendimiento de este viejo cautivo de la oscuridad se evocaban mil relámpagos de sensaciones presentidas e indistintas. Una adivinación le advertía lo que enfebrecía los corazones y los pensamientos en la ciudad.

Y el pueblo, fascinado como siempre por el prestigio que tiene a sus ojos la audacia y la fortuna, profería calurosamente el entusiasmo del momento:

-¡Viva el emperador!

Pero, entre las calmas momentáneas de esta triunfal tempestad, una voz perdida se elevaba del lado de la verja mística. El viejo, la cabeza caída contra la picota de los barrotes, girando sus pupilas muertas hacia el cielo, olvidado de ese pueblo -de quien él sólo parecía expresar su voto

verdadero, su voto oculto bajo los gritos, el voto secreto y personal-, salmodiaba, augural intercesor, su frase ahora misteriosa:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

¡Gran revista la de aquel día en los Campos Elíseos! ¡Diez años llevados por el viento, desde el sol de esta fiesta! ¡Los mismos ruidos, las mismas voces, la misma presunción! Sin embargo, un rumor sordo temperaba entonces el tumulto de alegría pública. Una sombra entristecía las miradas. Las convenidas salvas de la plataforma del Pritaneo se complicaban esta vez con el tronar lejano de las baterías de nuestros fuertes. Y, escuchando, el pueblo ya intentaba discernir, en el eco, la respuesta de las piezas enemigas que se aproximaban.

Pasaba el gobernador, dirigiendo a todos mil sonrisas, al amplio trote de su fino potro. El pueblo, tranquilizado por esa confianza que le inspira siempre esa compostura irreprochable, alternaba con cantos patrióticos los aplausos totalmente militares que honraban la presencia de ese soldado.

Pero las sílabas del antiguo y furioso viva se habían modificado: el pueblo, frenético, profería ese voto del momento:

-¡Viva la República!

Y, allá lejos, del lado del umbral sublime, se distinguía siempre la voz solitaria del Lázaro. La voz del oculto pensamiento popular no modificaba la rigidez de su constante lamentación:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

¡Gran revista la de aquel día en los Campos Elíseos! ¡Nueve años soportados desde ese sol turbulento! ¡Oh! ¡Los mismos rumores, el mismo estruendo de las armas, los mismos relinchos! Aun más ensordecidos, no obstante, que el año precedente; vocingleros, sin embargo.

-¡Viva la Comuna! - gritaba el pueblo, al viento tumultuoso.

Y la voz del secular Elegido del Infortunio repetía siempre, allá lejos, en el umbral sagrado, un refrán rectificador del único pensamiento de ese pueblo. Sacudiendo la cabeza hacia el cielo, gemía en la sombra:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

Y dos lunas más tarde, cuando a las últimas vibraciones al toque de alarma el Generalísimo de las fuerzas del estado pasaba lista a sus dos mil fusiles -todavía humeantes de la triste guerra civil-, el pueblo, aterrorizado, gritaba viendo arder al fondo a los edificios:

-¡Viva el Mariscal!

Allá lejos, del lado del salubre recinto, la Voz inmutable, la voz del veterano de la humana Miseria, repetía maquinalmente su dolorosa y despiadada obsecración:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

Y después, de año en año, de revista en revista, de vociferaciones en vociferaciones, cualquiera que fuese el nombre echado al azar del espacio por el pueblo en sus vivas, quienes escuchan atentamente los ruidos de la tierra, siempre han distinguido, entre los clamores revolucionarios y las fiestas belicosas que se sucedieron, la Voz lejana, la Voz verdadera, la íntima voz del simbólico y terrible Mendigo, del vigilante nocturno que gritaba la hora exacta del Pueblo, del incorruptible funcionario de la conciencia de los ciudadanos, de quien restituye íntegramente la oración oculta de la Muchedumbre y resume su suspiro.

Pontífice inflexible de la Fraternidad, este Titular autorizado de la ceguera física, jamás ha cesado de implorar, en mediador inconsciente, la caridad divina para sus hermanos en inteligencia.

Y, cuando embriagado de fanfarrias, de campanas y de artillería, el pueblo, turbado por esos alborotos envanecedores, intenta en vano enmascararse a sí mismo su voto verdadero, bajo no importa qué sílabas engañosamente entusiastas, el Mendigo, su rostro al cielo, los brazos en alto, tanteando en sus espesas tinieblas, aplica su oído desde el umbral eterno de la iglesia, y con voz cada vez más lamentable, pero que parece llegar más allá de las estrellas, continúa gritando su rectificación de profeta:

-¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

FIN